

EL GÉNERO CUENTO Y EL FIN DE SIGLO

ANA L. BAQUERO ESCUDERO
Universidad de Murcia

Aunque existan ostensibles discrepancias entre críticos y escritores a la hora de valorar el papel que el cuento desempeña en este fin de siglo -junto a voces esperanzadoras, las hay tremendamente pesimistas-, quizá sea posible con todo, hablar de un cierto relieve de este género en la cultura actual, a tenor de diversas circunstancias. Junto a obras teóricas de carácter antológico o de recopilación de diversos estudios sobre el género -vgr. *Teoría cuentística del siglo XX*, C.V. de Vallejo, 1989; *Papeles sobre el cuento español contemporáneo*, J.L. González, 1992; *Del cuento y sus alrededores*, C.Pacheco y L. Barrera Linares, 1993-, destaca la presencia de una revista, *Lucanor*, dedicada exclusivamente a esta especie, y de una editorial, *Hierbaola*, que ha publicado varios libros en relación con la misma. Y por supuesto, y junto a las colecciones de cuentos de los escritores de estas últimas décadas, quizá resulten significativas las antologías surgidas en estos años, elaboradas según distintos criterios. En ocasiones y como ocurre con antologías como *Cuentos eróticos* o *Cuentos de terror*, éste se basa en un determinado tipo de literatura -y ya Martín Nogales señaló la importancia del relato de género-. En otras, es un motivo temático el que impera, tal como ocurre en la muy reciente recopilación *Madres e hijas*, preparada por Laura Freixas, cuyo título supone el pie forzado de todos estos relatos escritos por autoras. Pero sin duda el criterio dominante es el estrictamente historiográfico, atendiendo a diversas etapas o parcelas cronológicas de nuestra literatura. En orden de sucesiva aparición podríamos recordar colecciones de cuentos como la preparada por Medardo Fraile, *Cuento español de posguerra*, de 1986, de Óscar Barrero, *El cuento español 1940-1980*, de 1989, de A.Encinar y A.Percival, *Cuento español contemporáneo*, de 1993, de este mismo año *Son cuentos*, preparada por F.Valls y *Últimos narradores*, por J.L.González y Pedro de Miguel, de 1994, la *Antología del cuento español (1900-1939)*, a cargo de Martínez Cachero, y más recientemente *Cuentos de este siglo*, recopilación hecha por A.Encinar y que a tan amplio criterio cronológico, une el quizá discutible de la condición femenina de quienes escriben tales relatos breves.

No parece casual, pues, la apretada sucesión de antologías de cuentos en los últimos años, que no sólo ofrecen la posibilidad de seguir a grandes rasgos la evolución de la especie cuentística en tan dilatada parcela cronológica, sino que normalmente también van acompañadas de una rigurosa información bibliográfica a la que tiene acceso una amplia mayoría lectora, no necesariamente especializada –El caso quizá, más representativo de antología de cuentos de carácter divulgativo, sea el de la reciente *Cuentos españoles contemporáneos (1975–1992)*, a cargo de Luis G.Martín–.

A alguna de tales antologías me referiré brevemente en estas líneas, intentando ofrecer una amplia y necesariamente limitada panorámica sobre la situación del género en este final de siglo. Una situación que indudablemente se presenta muy distinta a la del siglo anterior – tan decisivo en el cultivo de esta especie –y que pone de manifiesto por su contraste, los grandes cambios que se han operado en él. Evidentemente me referiré únicamente a las antologías que agrupan cuentos escritos en aquellos años más próximos a las fechas actuales. Nos centraremos, por ello, en el corpus de textos de las colecciones: *Cuento español contemporáneo*, *Son cuentos*, *Últimos narradores* y *Cuentos de este siglo* –de ésta tendremos en cuenta sólo aquellos relatos cuyas fechas pertenecen ya a la década de los 80–.

Una simple y primera ojeada a los mismos, nos hace ver de forma bastante clara, la brevedad de la mayoría de estas narraciones, de manera que es difícil que se plantee en torno a ellas el problema que a veces sí surgió en los años finales del XIX, sobre si un texto pertenecía a la categoría cuentística o a la de novela corta. Indudablemente no es una norma extensiva a todos; recordemos los bastante extensos seleccionados de Agustín Cerezales –uno de ellos repetido en dos antologías, y no es el único caso de coincidencia–, *Primavera de luto* de Millás o *Las otras vidas* de Muñoz Molina.

Situados en lo que supone la estructura formal de tales relatos observamos, de otro lado, un tipo de inicio que suele repetirse. Cuando comenzamos a leer estos cuentos los lectores solemos vernos abocados a una situación desconocida de la que pocos o ningún indicio esclarecedor se ofrece, y sólo una lectura progresiva nos irá dando la información necesaria para conocer qué ocurre. En tal sentido, evidentemente, el cuento de esta época final del XX se nos presenta muy distinto por su forma de inicio ya no solo del cuento folclórico, sino también de los preliminares aclaratorios propios del género en la centuria anterior. Quizá por ello, precisamente destaquen de los demás los comienzos de cuentos como *El vendedor de sombras*, de Fernández Cubas –y es significativa la simbología del tres tan unida al cuento tradicional–, o *Recuerdo de Safo* de E.Tusquets.

Si los inicios de estos relatos se caracterizan de manera generalizada, por esa introducción súbita en un mundo cuyo sentido vamos descifrando poco a poco, los finales lo serán por su carácter abierto, por su ambigüedad, y en muchas ocasiones por un desenlace sorprendente. Evidentemente ello no implica la ausencia total de relatos

con una estructura cerrada. Baste recordar *Expediente en curso* de Cereales – un relato que a mi modo de ver, y pese a las visibles diferencias, enlaza con la mejor tradición del género en el XIX, concretamente con “Clarín”– o el cuento de Vicente Verdú, *La noche del bebé*, cuyo inesperado final concede la máxima fuerza a la narración.

Quizá estos dos últimos cuentos citados ejemplifiquen bien esas dos distintas situaciones localizables en estos relatos, en relación con el manejo de la temporalidad. Mientras el uno nos ofrece el desarrollo prácticamente de toda una vida, el otro se concentra en un momento de la existencia del personaje. Posiblemente esto último sea lo más frecuente en este corpus cuentístico, aunque a diferencia de lo que ocurría en el relato de la tradición literaria inmediatamente anterior, caracterizado por la elección de un momento cualquiera de la vida del personaje, aparentemente poco relevante –y recordemos el magisterio de Ignacio Aldecoa–, estos cuentos suelen presentar momentos significativos en las existencias de éstos. En tal sentido podríamos anotar aquí una situación bastante repetida en muchas de estas narraciones: la irrupción de lo fantástico, de lo insólito dentro de la normal cotidianeidad, algo que indudablemente tiene que ver bastante con influencias literarias venidas de fuera.

Como curiosidad quizá poco significativa, anotaré la presencia de algún cuento concentrado alrededor de un objeto, que recuerda –salvadas claro está, las distancias–, a ese tipo de relato tan cultivado en la centuria anterior, como señalara Baquero Goyanes, centrado en algún objeto, y que en realidad presenta también antecedentes en la tradición cuentística del XX –*Cuento de la peluca*, de Molina Foix o *Avatar con peripecia de la reaparecida pitillera...* de A.Pombo–.

Pero sin duda una de las notas desde mi perspectiva, más llamativa de este corpus de cuentos seleccionado, es la abultada presencia del manejo del yo narrativo, frente a esa forma habitual en los orígenes literarios del género, del relato dependiente de un narrador fuera de la propia ficción. Aunque el cuento español a lo largo del XX ofrezca ejemplos de relatos puestos en boca de los propios personajes, tal como estudiara E.Brandenberger, lo cierto es que parece existir hoy día una verdadera e irresistible atracción por parte de los escritores, hacia un cuento así configurado. Los relatos en primera persona casi superan en algunas de estas obras, a los contados por el tradicional narrador fuera del relato; incluso algunos de los que podríamos considerar relatos en tercera persona, son en realidad narraciones dependientes de un personaje cuyo punto de vista adopta el narrador, constituyéndose así como *reflector* de los hechos. Esta proliferación de relatos en primera persona ha sido reconocida por los propios escritores, resultando especialmente significativos los testimonios de uno de los autores más representativos de esta especie literaria en el XX: Julio Cortázar –vid. “Del cuento breve y sus alrededores”–. (En las letras españolas podemos recordar las ideas de J.Mª Merino, aunque vayan referidas sólo a la novela).

La variedad de relatos configurados a través de este artificio narrativo es bien

visible, tan sólo en este pequeño corpus elegido. No puedo, obviamente, referirme aquí a los distintos tonos y formas de éstos y sólo me permitiré destacar un rasgo bastante común a todos ellos: la carencia de una justificación explícita de esa primera persona narrativa. Las distancias, en este sentido, entre los cuentos de los grandes escritores del XIX y los autores de cuentos de este final de siglo, son evidentes. Aquellos privilegiaron el relato dependiente de ese tradicional narrador omnisciente poseedor de todas las claves y que no solía dejar cabos sueltos, y si desarrollaban algunas narraciones poniéndolas en boca de algún personaje, tales relatos solían aparecer encuadrados en la tradicional estructura del *marco* –normalmente configurado como la reunión de personajes–, dependiente en definitiva de ese típico narrador fuera de la historia.

Ello no quiere decir, por supuesto, que no encontremos relatos en primera persona, en la tradición decimonónica. En muchos de Pardo Bazán, por ejemplo, hallamos esta situación narrativa. Lo que resulta más difícil descubrir en la cuentística del XIX –y en tal sentido *Mi entierro* de Leopoldo Alas, constituiría una de esas raras excepciones al respecto–, es el relato dependiente de un narrador personaje, cuya naturaleza precisamente por la elección de tal relator, es esencialmente ambigua. Si el cuento a lo largo del S.XX, y frente a su cultivo en manos de escritores del XIX, se distingue pues, por esa aludida ambigüedad, por su carácter sugerente, apertura final e interpretación libre, por situarnos incluso muchas veces en los límites de lo real e irreal, en los finales de este siglo esta especie narrativa parece aferrarse más que nunca a esa condición de criatura literaria enormemente subjetiva y plurivalente, al privilegiar repetidamente la presencia de un narrador–personaje poseedor de un punto de vista personal, limitado, y en muchas ocasiones falible o poco fiable, de la realidad –y nuevamente hay que recordar el relieve del cuento fantástico y su relación con este tipo de narrador–.

Es evidente que estas apretadas e imprecisas notas sobre la situación del cuento en este fin de siglo, no pretenden establecer ningún tipo de conclusión dogmática al respecto. Tan sólo me propuse comparar algunos rasgos que enfrentan este final de una época con la anterior, en el cultivo del cuento, lo suficientemente reveladores para mostrar la enorme transformación de una especie literaria que pese a su brevedad, es capaz de explorar continuamente nuevas formas y caminos diversos. Y en definitiva con ellas no he querido sino unirme a aquellas voces que al afrontar con visión optimista el panorama de la literatura actual, siguen confiando en la vigencia de uno de los más atrayentes géneros narrativos.